

Raymond Radiguet

# El diablo en el cuerpo

Traducido del francés por Vicente Molina Foix



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Le Diable au corps*

Primera edición: 1970

Tercera edición: 2024

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

© de la traducción: Vicente Molina Foix, 1970, 2014

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1970, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-718-4

Depósito legal: M. 8.282-2024

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

Voy a exponerme a no pocos reproches. Pero, ¿qué puedo hacer? ¿Acaso fue culpa mía tener doce años algunos meses antes de la declaración de la guerra? Sin duda, los trastornos que me sobrevinieron de aquel período extraordinario eran de una índole que jamás se experimenta a esa edad; pero como nada hay tan fuerte que pueda envejecernos a pesar de las apariencias, tuve que conducirme como niño en una aventura en la que hasta un hombre se habría visto apurado. No soy el único. También mis compañeros conservarán de aquella época un recuerdo que no es el mismo de sus mayores. Que aquellos que están ya en mi contra traten de representarse lo que la guerra fue para muchos jovencitos: cuatro años de grandes vacaciones.

Vivíamos en F..., a orillas del Marne. Mis padres reprobaban la camaradería mixta. La sensualidad, que nace

con nosotros y se manifiesta aun a ciegas, se acrecentó por ello, en lugar de desaparecer.

Nunca he sido un soñador. Lo que a los demás, más crédulos, les parece un sueño me parecía a mí tan real como el queso al gato, pese a la campana de cristal. La campana, sin embargo, existe.

Si la campana se rompe, el gato se aprovecha, aunque sean sus amos los que la rompan y se corten las manos.

Hasta los doce años no me recuerdo en amoríos, salvo el de una niña, llamada Carmen, a la que hice llegar, por medio de un chiquillo más joven que yo, una carta en la que le declaraba mi amor. Me permití, en nombre de ese amor, solicitarle una cita. Mi carta le había sido entregada por la mañana, antes de que entrara en clase. Había yo escogido a la única niña que se me parecía, porque era limpia y llegaba al colegio acompañada de una hermanita, como yo de mi hermano pequeño. A fin de que esos dos testigos callasen, pensé en casarlos, de algún modo. Añadí, pues, a mi carta una de parte de mi hermano, que no sabía escribir, para la señorita Fauvette. Le expliqué a mi hermano mi intervención, y nuestra posibilidad de ir a dar con dos hermanas de nuestra edad y dotadas de nombres de pila tan excepcionales. Tuve el desconsuelo de ver que no me había equivocado respecto a lo modosa que era Carmen cuando, después de haber almorzado con mis padres, que me mimaban y no me reñían nunca, volví a clase.

Apenas mis compañeros habían ocupado sus pupitres —yo estaba en la tarima del aula, agachado para coger

de un armario, en mi calidad de primero de la clase, los libros de la lectura en voz alta—, entró el director. Los alumnos se levantaron. Llevaba una carta en la mano. Mis piernas flaquearon, se me cayeron los libros, y los fui recogiendo mientras el director hablaba con el profesor. Los alumnos de los primeros bancos se volvían ya hacia mí, ruborizado al fondo del aula, pues oían cuchichear mi nombre. Por fin, el director me llamó, y para reprenderme con delicadeza, no despertando, creía él, ningún mal pensamiento entre los alumnos, me felicitó por haber escrito una carta de doce líneas sin ninguna falta. Me preguntó si la había escrito yo solo, y después me pidió que lo siguiera a su despacho. No llegamos hasta allí. Me reprendió en el patio, bajo el aguacero. Lo que más confundió mis nociones de moral fue que considerase tan grave como comprometer a la niña (cuyos padres le habían comunicado mi declaración) el haber sustraído una hoja de papel de cartas. Me amenazó con enviar esa hoja a mi casa. Le supliqué que no lo hiciera. Cedió, pero diciéndome que conservaba la carta, y que a la primera reincidencia dejaría de ocultar mi mala conducta.

Esta mezcla de timidez y descaro desconcertaba a los míos y los engañaba, así como en la escuela mi facilidad, en realidad pereza, me hacía pasar por un buen alumno.

Volví a clase. El profesor, irónico, me llamó Don Juan. Me sentí enormemente halagado, sobre todo de que citase el nombre de una obra que yo conocía y mis compañeros no. Su «Buenos días, Don Juan» y mi sonrisa de entendimiento cambiaron mi imagen para toda

la clase. Quizá sabían ya que había encargado a un niño de primaria llevar una carta a una «moza», como dicen los colegiales en su rudo lenguaje. El niño se llamaba Messenger<sup>1</sup>; no lo había escogido por su nombre, pero, en cualquier caso, ese nombre me había inspirado confianza.

A la una había suplicado al director que no dijera nada a mi padre; a las cuatro, ardía en deseos de contárselo todo. Nada me obligaba a hacerlo. Haría esta confesión a cuenta de la franqueza. Sabiendo que mi padre no se enfadaría, me encantaba, en suma, que conociese mi proeza.

Se lo confesé, por tanto, añadiendo con orgullo que el director me había prometido una discreción absoluta (como a una persona mayor). Mi padre quiso saber si no me había inventado de cabo a rabo esa historia de amor. Fue a ver al director. En el curso de esa visita habló incidentalmente de lo que había creído una broma. «¿Qué? —dijo entonces el director, sorprendido y muy molesto—; ¿le ha contado eso? Me había suplicado que callara, diciendo que usted le mataría.»

Esa mentira del director le excusaba, y contribuyó aún más a mi arrebatado de virilidad. Me gané también, sobre la marcha, la estima de mis compañeros y los guiños del profesor. El director ocultaba su rencor. El infeliz ignoraba lo que yo ya sabía: mi padre, disgustado por su actuación, había decidido dejarme acabar el año escolar y sacarme del colegio. Estábamos a comienzos de junio.

1. En francés: mensajero, enviado (*N. del T.*).

Mi madre, no queriendo que aquello influyese en mis premios, mis coronas, esperaba a que pasara la entrega para comunicarlo. Llegado el día, y gracias a una injusticia del director, que temía confusamente las consecuencias de su mentira, recibí, el único de la clase, la corona de oro que se merecía también el premio extraordinario. Cálculo desafortunado; el colegio perdió con aquello sus dos mejores alumnos, pues el padre del premio extraordinario sacó a su hijo.

Alumnos como nosotros servían de reclamo para atraer a otros.

Mi madre me consideraba demasiado joven para ir al liceo Henri-IV. En su ánimo eso quería decir: para tomar el tren. Permanecí dos años en casa y trabajé solo.

Me prometía alegrías sin límite, porque, como podía hacer en cuatro horas los deberes que mis antiguos condiscípulos no hubieran realizado en dos días, tenía libre más de la mitad del día. Me paseaba solo por las orillas del Marne, que era ya de tal modo nuestro río que mis hermanas decían, cuando hablaban del Sena, «un Marne». Llegaba incluso a subir a la barca de mi padre, a pesar de la prohibición; pero no me atrevía a remar, sin querer confesarme que mi temor no era el de desobedecerle sino miedo, a secas. Leía, acostado en la barca. Entre 1913 y 1914, doscientos libros pasaron por allí. Y ninguno de los que se suele llamar malos libros, sino más bien de los mejores, cuando no por el ingenio sí al menos por el mérito. Así, mucho más tarde, a la edad en que la adolescencia desprecia las colecciones de novela

rosa, le tomé gusto a su encanto infantil, mientras que en aquella época no hubiera querido leerlas por nada del mundo.

La desventaja de esos recreos alternados con el trabajo era que convertían para mí todo el año en unas falsas vacaciones. Mi trabajo diario, por ejemplo, era poca cosa, pero como al trabajar menos tiempo que los demás seguía trabajando durante sus vacaciones, esa poca cosa era como el tapón de corcho que un gato lleva toda su vida atado a la cola, cuando él preferiría sin duda un solo mes con la cacerola.

Las vacaciones verdaderas se acercaban, y yo apenas me ocupaba de ellas, ya que para mí continuaba el mismo régimen. El gato seguía mirando el queso dentro de la campana. Pero llegó la guerra. Y ella rompió la campana. Los amos tuvieron otros gatos que fustigar y el gato se puso contento.

A decir verdad, todo el mundo estaba contento en Francia. Los niños, con sus libros de premios bajo el brazo, se apretujaban ante los pasquines. Los malos estudiantes se aprovechaban del desasosiego familiar.

Íbamos todos los días, después de cenar, a la estación de J..., a dos kilómetros de casa, para ver pasar los trenes militares. Llevábamos campánulas, y se las echábamos a los soldados. Señoras en bata servían vino tinto en las cantimploras y derramaban litros y litros sobre el andén cubierto de flores. Guardo de todo aquello un recuerdo de fuegos artificiales. Y nunca tanto vino desperdiciado, tantas flores muertas. Hubo que poner colgaduras en las ventanas de casa.

Muy pronto dejamos de ir a J... Mis hermanos y mis hermanas empezaban a aborrecer la guerra; la encontraban demasiado larga. Les estropeaba la playa. Habitua-dos a levantarse tarde, ahora tenían que ir a comprar los diarios a las seis de la mañana. ¡Vaya distracción! Pero hacia el veinte de agosto, esos jóvenes monstruos recobran la esperanza. En lugar de abandonar la mesa donde las personas mayores se quedan rezagadas, permanecen allí para oír a mi padre hablar de la partida. Ya no habría medios de transporte. Tendríamos que ir hasta muy lejos en bicicleta. Mis hermanos le toman el pelo a mi hermana pequeña. Las ruedas de la suya apenas miden cuarenta centímetros de diámetro: «Te dejaremos sola en la carretera». Mi hermana solloza. ¡Pero con qué ganas sacan brillo a sus bicicletas! No tienen ya pereza. Me proponen reparar la mía. Están levantados desde el alba para ponerse al tanto de las noticias. Mientras todos se asombran, yo descubro por fin los móviles de ese patriotismo: ¡un viaje en bicicleta!, ¡al mar!, y un mar más lejano, más bonito que de costumbre. Habrían quemado París con tal de salir más de prisa. Lo que tenía aterrorizada a Europa para ellos era la única esperanza.

¿Es tan diferente el egoísmo de los niños del nuestro? Durante el verano, en el campo, maldecimos la lluvia, mientras los labradores la reclaman.

Es raro que se produzca un cataclismo sin fenómenos que lo anuncien. El atentado austríaco, la tormenta del proceso Caillaux, propagaban una atmósfera irrespirable, propicia a la extravagancia. Por eso, mi verdadero recuerdo de la guerra precede a la guerra.

Fue así:

Mis hermanos y yo nos burlábamos siempre de uno de nuestros vecinos, un tipo grotesco, un enano de perilla blanca y tocado con capucha, concejal del ayuntamiento, de nombre Maréchaud. Todo el mundo le llamaba el tío Maréchaud. Aunque vivíamos puerta con puerta, rehusábamos saludarle, lo cual le encolerizaba tanto que un día, no aguantando más, nos abordó en la calle y nos dijo: «¿Conque no se saluda a un concejal, eh?». Nos largamos a toda prisa. A partir de esta impertinencia, las hostilidades fueron ya manifiestas. Pero, ¿qué podía con-

tra nosotros un concejal? Mis hermanos, cuando iban y volvían del colegio, hacían sonar su campanilla con toda audacia, ya que el perro, que podía tener mi edad, no era de temer.

La víspera del 14 de julio de 1914, yendo al encuentro de mis hermanos, cuál no sería mi sorpresa al ver una aglomeración de gente delante de la verja de los Maréchaud. Unos tilos podados dejaban ver su quinta al fondo del jardín. Desde las dos de la tarde su criadita, que se había vuelto loca, estaba refugiada en el tejado y se negaba a bajar. Los Maréchaud, aterrorizados por el escándalo, habían cerrado los postigos, de tal modo que el trágico efecto de ver a aquella loca sobre un tejado se acrecentaba al parecer que la casa estaba abandonada. Algunas personas gritaban, se indignaban de que sus señores no hicieran nada por salvar a esta desgraciada. Ella daba traspiés sobre las tejas, sin tener, con todo, aspecto de borracha. Hubiera querido poderme quedar allí siempre, pero nuestra criada, enviada por mi madre, vino a devolvernos a los deberes. Si no, me quedaría sin feria. Me marché con el corazón en un puño, y rogando a Dios que la criada siguiese sobre el tejado cuando fuera a la estación a buscar a mi padre.

Seguía, en efecto, en su puesto, pero los raros transeúntes que volvían de París se apresuraban para cenar en casa y no llegar tarde al baile. No le concedían más que un minuto de indiferencia.

Por lo demás, hasta ese momento, para la criada se trataba sólo de un ensayo más o menos público. Debía debutar, según la costumbre, por la noche, con las girándu-

las luminosas haciendo de verdaderas candilejas. Había, a la vez, las de la avenida y las del jardín, ya que los Maréchaud, pese a su ausencia fingida, no se habían atrevido, como notables, a dejarlo a oscuras. A lo fantástico de aquella casa del crimen, sobre cuyo tejado se paseaba, como sobre el puente de un navío empavesado, una mujer de cabellos ondeantes, contribuía mucho la voz de esa mujer: inhumana, gutural, de una dulzura que ponía la carne de gallina.

Como los bomberos de un pequeño municipio son «voluntarios», se ocupan a lo largo del día de más cosas que de las bombas de incendio. Son el lechero, el pastelero, el cerrajero, quienes, terminado su trabajo, irán a extinguir el fuego, si no se ha extinguido por sí solo. Desde la movilización, nuestros bomberos habían formado, además, una especie de milicia misteriosa que hacía patrullas, maniobras y rondas nocturnas. Por fin llegaron estos valientes, surcando la multitud.

Una mujer se les acercó. Era la esposa de un concejal adversario de Maréchaud, y llevaba unos minutos compadeciéndose estruendosamente de la loca. Dio unas recomendaciones al capitán: «Trate de atraerla con la dulzura; está tan privada de ella, pobrecita, en esta casa donde le pegan. Y sobre todo, si lo que le hace obrar así es el miedo a ser despedida, de encontrarse sin casa, dígale que yo la tomaré en la mía. Le doblaré el sueldo».

Esta caridad estruendosa produjo escaso efecto entre la multitud. Aquella señora les molestaba. No se pensaba más que en la captura. Los bomberos, en número de

seis, escalaron la verja y rodearon la casa, trepando por todos los lados. Pero apenas uno de ellos apareció sobre el tejado, la multitud, como los niños en el guñol, se puso a vociferar, previniendo a la víctima.

—¡Callaos! —gritaba la señora, lo cual excitaba aún más los «¡ahí va uno!, ¡ahí va uno!» del público. Con los gritos, la loca, armándose de tejas, le lanzó una al casco del bombero que había alcanzado la cubierta. Los otros cinco descendieron rápidamente.

Mientras que, en la plaza del Ayuntamiento, los tiros al blanco, los tiiovivos, las barracas, se lamentaban de ver tan poca clientela, una noche en la que los ingresos debían ser tan fructuosos, los gamberros más atrevidos escalaban los muros y se apiñaban en el césped para seguir de cerca la caza. La loca decía cosas que he olvidado, con esa profunda melancolía resignada que confiere a las voces la certeza de que se tiene razón, de que todo el mundo se equivoca. Los gamberros, que preferían aquel espectáculo a la feria, querían, sin embargo, combinar las diversiones. Por eso, temerosos de que apresaran a la loca en su ausencia, corrían a dar una vuelta rápida en los caballitos. Otros, más sensatos, instalados en las ramas de los tilos como para la parada de Vincennes, se contentaban quemando luces de Bengala y cohetes.

Imagínese la angustia del matrimonio Maréchaud, en su casa, encerrado en medio de ese ruido y de esos resplandores.

El concejal, el esposo de la señora caritativa, improvisaba, subido al pequeño muro de la verja, un discurso sobre la cobardía de los propietarios. Se le aplaudió.

Creyendo que era a ella a quien se aplaudía, la loca saludaba con un montón de tejas en cada brazo, y cada vez que un casco relucía, arrojaba una. Agradecía, con su voz inhumana, que al fin se la comprendiera. Me imaginaba a una chica, capitana corsaria, permaneciendo sola en su barco que se va a pique.

La multitud se dispersaba, un poco cansada. Yo había querido quedarme con mi padre, mientras mi madre, para saciar esa necesidad de mareo que tienen los niños, llevaba a los suyos de tiovivos en montañas rusas. En realidad, yo sentía esa extraña necesidad más vivamente que mis hermanos. Me gustaba que mi corazón latiera rápida e irregularmente. Pero aquel espectáculo, de una profunda poesía, me satisfacía más. «Qué pálido estás», había dicho mi madre. Encontré el pretexto de las luces de Bengala. Me daban, dije, un color verde.

—De todas formas tengo miedo de que esto le impresione demasiado —le dijo a mi padre.

—¡Oh! —respondió él—, no conozco a nadie más insensible. Puede contemplar lo que sea, menos desollar un conejo.

Mi padre decía eso para que me quedara. Pero sabía que el espectáculo me trastornaba. Yo sentía que a él también le trastornaba. Le pedí que me subiera en sus hombros para ver mejor. Iba, en realidad, a desvanecerme, mis piernas ya no me sostenían.

Ahora ya no se contaba más de una veintena de personas. Oímos los clarines. Eran para anunciar la retirada con antorchas.

Cien hachones alumbraban de repente a la loca, como cuando, después de la delicada luz de las candilejas, estalla el magnesio para fotografiar a una nueva estrella. Entonces, agitando sus manos en señal de despedida, y creyendo que era el fin del mundo, o, simplemente, que iban a cogerla, se arrojó del tejado, rompió la marquesina en su caída, con un estrépito espantoso, para ir a aplastarse contra los escalones de piedra. Hasta entonces había tratado de soportarlo todo, a pesar de que me zumbaban los oídos y el corazón me fallaba. Pero cuando oí gritar a algunos: «Vive todavía», caí, sin conocimiento, de los hombros de mi padre.

Al volver en mí, me llevó a la orilla del Marne. Nos quedamos allí hasta muy tarde, en silencio, tendidos sobre la yerba.

De regreso, me pareció ver detrás de la verja una silueta blanca, ¡el fantasma de la criada! Era el tío Maréchaud con gorro de dormir contemplando los desperfectos, su marquesina, sus tejas, su césped, sus macizos, sus escalones cubiertos de sangre, su prestigio destruido.

Si insisto en un episodio semejante es porque hace comprender mejor que cualquier otro el extraño período de la guerra, y cuánto me impresionaba, más que lo pintoresco, la poesía de las cosas.

Oímos el cañón. Se combatía cerca de Meaux. Se contaba que habían sido capturados unos ulanos cerca de Lagny, a quince kilómetros de donde vivíamos. Mientras mi tía hablaba de una amiga, escapada desde los primeros días después de haber enterrado en su jardín relojes de péndulo y latas de sardinas, pregunté a mi padre qué medio había para trasladar nuestros viejos libros; era eso lo que más me costaba perder.

Finalmente, en el momento en que nos disponíamos a la huida, los diarios nos informaron de que era inútil.

Mis hermanas, ahora, iban a J... a llevar cestos de peras a los heridos. Habían encontrado una compensación, mediocre, bien es cierto, a todos sus hermosos proyectos desplomados. Cuando llegaban a J..., ¡los cestos estaban casi vacíos!

Me correspondía entrar en el liceo Henri-IV; pero mi padre prefirió retenerme un año más en el campo. Mi

única distracción en ese triste invierno fue correr a la casa de nuestra vendedora de periódicos para estar seguro de tener un ejemplar de *Le Mot*, un periódico que me gustaba y que aparecía los sábados. Esos días nunca me levantaba tarde.

Pero llegó la primavera, amenizada por mis primeras bellaquerías. Bajo pretexto de ir a postular, aquella primavera salí a menudo a pasear, endomingado y con una jovencita a mi derecha. Yo llevaba el cepillo, ella la cesta de las insignias. A la segunda cuestación, unos camaradas me enseñaron a aprovechar esos días libres en que se me arrojaba en brazos de una niña. Desde entonces, nos apresurábamos en recaudar, por la mañana, el mayor dinero posible, entregábamos al mediodía nuestra colecta a la dama patrocinadora y nos íbamos el resto del día a hacer trastadas por las praderas de Chennevières. Por primera vez, tuve un amigo. Me gustaba salir a postular con su hermana. Por primera vez, me entendía con un muchacho tan precoz como yo, admirando incluso su belleza, su descaro. Nuestro común desprecio a los de nuestra edad nos unía más. Nos considerábamos los únicos capaces de comprender las cosas, y, en suma, nos sentíamos los únicos dignos de las mujeres. Nos creíamos hombres. Por suerte, no íbamos a estar separados. René iba ya al liceo Henri-IV, y yo estaría en su clase, cuarto. Él no tenía que estudiar griego; hizo por mí el gran sacrificio de convencer a sus padres de que le dejaran estudiarlo. Así, estaríamos siempre juntos. Como no había hecho el primer curso, eso suponía obligarse a clases particulares. Los padres de René no entendían nada,

pues el año anterior sólo ante sus súplicas habían consentido que no lo estudiase. Vieron en aquello el efecto de mi buena influencia, y, si soportaban a sus otros compañeros, yo fui, como mínimo, el único amigo al que dieron su aprobación.

Por primera vez, ningún día de las vacaciones de aquel año me resultó aburrido. Supe así que nadie escapa a su edad, y que mi peligroso desprecio se había fundido como el hielo desde que alguien quiso ocuparse de mí del modo que me convenía. Nuestra común aproximación acortó en la mitad el camino que nuestro mutuo orgullo tenía que recorrer.

El primer día de clase, René fue para mí un guía precioso.

Con él todo se me hacía agradable, y yo, que solo no podía dar ni un paso, hacía ahora a pie, dos veces al día, el trayecto que separa el Henri-IV de la estación de la Bastilla, donde tomábamos el tren.

Transcurrieron así tres años, sin otra amistad y sin otra esperanza que las travesuras de los jueves, con las niñas que los padres de mi amigo nos proporcionaban inocentemente, invitando a merendar al mismo tiempo a los amigos del hijo y a las amigas de la hija; favores menudos que, con el pretexto de jugar a las prendas, nosotros obteníamos y ellas obtenían de nosotros.

Llegado el buen tiempo, mi padre gustaba de llevarnos, a mis hermanos y a mí, a dar largos paseos. Uno de nuestros objetivos favoritos era Ormesson, y también seguir el curso del Morbras, arroyo de un metro de anchura que atravesaba praderas en donde crecen flores que no se encuentran en ninguna otra parte y cuyo nombre he olvidado. Matas de berro o de menta ocultan al pie que se aventura el lugar donde comienza el agua. El arroyo arrastra en primavera miles de pétalos blancos y rosados. Son los espinos.

Un domingo de abril de 1917, como solíamos hacer a menudo, tomamos el tren para La Varenne, desde donde teníamos que volver andando a Ormesson. Mi padre me dijo que en La Varenne nos encontraríamos con unas personas muy agradables, los Grangier. Yo ya los conocía, porque había visto el nombre de su hija, Marthe, en

el catálogo de una exposición de pintura. Un día oí hablar a mis padres de la visita de un tal señor Grangier. Vino, en efecto, y con un cartapacio repleto de pinturas de su hija, que tenía dieciocho años. Marthe estaba enferma. Su padre quería darle una sorpresa: que sus acuarelas figurasen en una exposición benéfica que mi madre presidía. Las acuarelas no tenían ninguna pretensión; se adivinaba en ellas a la alumna esforzada de la clase de dibujo, sacando la lengua, relamiendo los pinceles.

En el andén de la estación de La Varenne estaban los Grangier esperándonos. El señor y la señora Grangier debían de ser de la misma edad, rondando la cincuenta. Pero la señora Grangier parecía mayor que su marido; su inelegancia y su baja estatura hicieron que me disgustase al primer vistazo.

En el transcurso de aquel paseo pude advertir que fruncía a menudo el ceño, lo que hacía que su frente se cubriese de arrugas que tardaban al menos un minuto en desaparecer. Para que, sin tener que reprocharme el ser injusto con ella, no le faltase ningún motivo de desagradarme, estaba deseando que usara un lenguaje vulgar. Sobre este punto, me decepcionó.

El padre, por su parte, tenía aspecto de buena persona, un antiguo suboficial adorado por sus soldados. Pero, ¿dónde estaba Marthe? Me estremecía ante la perspectiva de un paseo sin más compañía que la de sus padres. Debía llegar en el próximo tren, «dentro de un cuarto de hora», explicó la señora Grangier, «ya que no pudo estar lista a tiempo. Vendrá con su hermano».

Cuando el tren entró en la estación, Marthe se hallaba de pie sobre el estribo del vagón. «Espera a que el tren se haya parado del todo», le gritó su madre... Aquella imprudente me encantó.

Su vestido, su sombrero, muy sencillos, demostraban la poca estima que le merecía la opinión de los desconocidos. Daba la mano a un niño que parecía tener once años. Era su hermano, un muchacho pálido, con el cabello albino, y cuyos gestos revelaban la enfermedad.

En el camino, Marthe y yo íbamos en cabeza. Mi padre venía detrás, entre los Grangier.

Mis hermanos, por su parte, no hacían sino bostezar en compañía de su nuevo y enclenque amigo, que tenía prohibido correr.

Al felicitar yo a Marthe por sus acuarelas, me respondió ella modestamente que sólo eran bocetos. No les daba ninguna importancia. Ya me mostraría algo mejor, unas flores «estilizadas». Juzgué prudente, siendo la primera vez, no decirle que esos tipos de flores me parecían ridículos.

Bajo su sombrero no podía verme bien. Yo la miraba con atención.

—Se parece usted poco a su señora madre —le dije.

Era un piropo.

—Me lo dicen a veces, pero cuando venga usted a casa le enseñaré fotografías de mamá cuando era joven; nos parecemos mucho.

Esa respuesta me entristeció, y rogué a Dios que no me permitiera ver a Marthe cuando tuviese la edad de su madre.